



# LA Y E POR

L rostro pál  
ne en estos  
de sport,  
libre, un air  
mizo, como  
valecencia  
cerrado. R  
los pescados blancuzcos  
frascos de alcohol, que  
nean en los museos m  
junto a la vértebra sec  
llena y a la piragua e  
barnizada con aceite  
Es como una máscara c  
tiga, hecha con huella  
somnia y de despertar;  
fiebre y las manchas l  
de los retratos al mag

Ya no se lleva.  
Ya no es posible pa  
el mundo esa carne d  
que pone una nota de  
en el desfile de los  
curtidos por el mar y  
sol y por el viento alp  
las cumbres. Y la Hu  
se desnuda, abandona  
tura y el fieltro y la s  
perla de la corbata, y s  
alegremente al afil de

El problema consis  
en reducir las fronteras  
dor en los tostados  
en conquistar territorio  
para la luz. El traje  
que era como un for  
recio imperio antes de  
rra, ha ido perdiendo  
vincias más famosas,  
giones de litoral con  
cia; y hoy se ve re  
una extensión mínima,  
nas salida hacia las oc  
la historia del traje  
a visitas y antasalas o  
el hecho es tan tras  
como el de una gr  
formada con los  
Francia, España  
que quedase re  
mente, a la r  
la República

Y  
sint

parlamento firmará medidas adoptadas contra los intereses que representa?

—Tú hablas de intereses y yo me refiero a ideales.

—¿Tú te refieres a ideales? En política un ideal es la flor de un interés. No te enojos. No quiero herir tus creencias ni tu vocabulario, pero desciende de tu nube, o mira desde tu nube si quieres, y fijate si no es posible que en el ideal de una nación quepa el hambre de una de sus colonias.

—No es posible. Lo que dices es sencillamente monstruoso.

—¿Oh, iluso! ¿Te gustaría pasear por Africa, Asia, y aun por las Guayanas?

—Esos pueblos son felices.

—En efecto. Uno puede ser feliz en el sufrimiento. Te lo han probado los santos. A esos pueblos les agrada, sin duda, sufrir y cierta felicidad europea consiste en que su "concepto de dicha" no se modifique.

—Si hablas irónicamente—le repliqué, molesto por la suficiencia de que hacia gala—no te contradigas al menos. Hoy me aseguraste que los hombres aman, viven y sueñan de modo distinto. En consecuencia, pueden ser felices de manera diferente.

—Así es—me contestó—, y por lo mismo pueden querer una paz diversamente sentida. Unos la querrán sin armas, otros con ellas; unos la desearán libre de aduanas, otros con ellas; unos pretenderán saborearla en salsas realistas, otros en republicanas. ¿No se te ocurre que en esa diversidad de salsas ya existiría una grave divergencia? ¿Podrías asegurarme que nunca existiría una oposición entre las exigencias de la organización internacional de la paz y el libre juego de las instituciones políticas? Entretanto, ¿se desarmarían las naciones? ¿No te parecería previo el problema? ¿No crees que si los estados no han sido capaces de cumplir el tratado de Versalles en lo que se relaciona con el desarme, es porque manifiestan un espíritu de desconfianza perfectamente contraria a la confianza mutua sobre el cual habría de desarrollarse la idea de los Estados Unidos de Europa? ¿No me aceptas que si el pensamiento de los Estados Unidos de Europa responde a una doctrina de pureza debe contener implícitamente el otro ideal—más amplio y más bello—de los Estados Unidos del globo? ¿No conviene en que si la Unión Federal Europea se detiene en límites continentales surgirán otras uniones, tanto o más peligrosas que aquélla? ¿Y si nuevas uniones no surgieran, cómo me garantizarías que aquella Unión Federal no hará sentir su predominio sobre las pobres naciones que no supieron federalizarse? ¿Cuando un estado hace sentir su predominio no se aparta de la justicia? ¿Y si nacieran nuevas uniones, qué ocurriría? ¿No es armarse lo que más place a cada unión? ¿La unión no es ya una fuerza? ¿La fuerza misma no es ya un arma? ¿Por qué no me contestas?

—Podría contestarte lo mismo que sostienen los delegados de Ginebra, que saben tanto o más que tú—le argüí para evitar mayores discusiones.

—Tienes razón. Saben más que yo y que tú. Y además, son buenos hombres empeñados en el bien.

—O iluminados.

—En efecto; los estados envían a Ginebra sus héroes de la paz, sus iluminados, cimas, sin duda, de esa humanidad soñadora, a la que tú también perteneces. Y los envían con un brillante séquito de técnicos del derecho

su suelo y  
contra tod  
pobre hur  
rojizo res  
una pólv  
cuenta, si  
vora tiene  
el odio, te  
como las  
ciadamente  
de la Liga  
hombres q  
mundo, sin  
dad histó  
los princip  
tástrofe.  
¿Por qué  
exalta Yug  
mece Hun  
constanten  
rra sobre  
¿Por qué  
hay profes  
dumbres n  
tir nostalg  
Nada c  
—¿Por  
—¿Es que  
do de la p  
—Yo a  
sarme mie  
—¿Cómo  
buen hom  
—Yo a  
quedad—  
pido ment  
energía qu  
vanten el  
Federación  
—¿Oh,  
no de tu il  
de ocurrir  
tro de un  
cabo, un p  
siglo. No  
alma al a  
cendio eur  
civilización  
pezar de  
¿qué dolor  
catástrofe  
Pienso, si  
profeta viv  
Estados U  
Estados U  
quería sal  
viría por  
por Europ  
Briand, cu  
tusiasmo  
"mundo" en  
y de la or  
palabras.  
—Pero  
—Pero  
transforma  
vida es si  
gria es si  
siempre s  
siempre su  
que pugna  
social con  
tragedia:  
ante el in  
que vive  
muere y d  
y toda la  
sadumbre  
radores, s  
mes y su  
caza cierta  
Un ból  
gema el l  
alas una  
notas yo  
mentos. M  
No atiné a  
quise cont  
sado sus  
destilar de



# LA PIGMENTACION Y EL DESNUDISMO

POR JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)  
BILBAO, 1930

*Artículo de Jacinto Miquelarena*

El rostro pálido tiene en estos tiempos de sport, de ciclo libre, un aire enfermizo, como de convalecencia de local cerrado. Recuerda los pescados blancuzcos, en sus frascos de alcohol, que se añejan en los museos marítimos junto a la vértebra seca de ballena y a la piragua esquimal barnizada con aceite de foca. Es como una máscara de la fatiga, hecha con huellas de insomnio y de despertar; tiene la fiebre y las manchas lunáticas de los retratos al magnesio.

Ya no se lleva.

Ya no es posible pasear por el mundo esa carne de hostia que pone una nota de cadáver en el desfile de los cuerpos curtidos por el mar y por el sol y por el viento alpestre de las cumbres. Y la Humanidad se desnuda, abandona la hilatura y el fieltro y la suela y la perla de la corbata, y se ofrece alegremente al añil de lo alto.

El problema consiste ahora en reducir las fronteras del pudor en los tostados de serie; en conquistar territorios de piel para la luz. El traje de baño, que era como un formidable y recio imperio antes de la guerra, ha ido perdiendo sus provincias más famosas, sus regiones de litoral con preferencia; y hoy se ve reducido a una extensión mínima, sin apenas salida hacia las costas. En la historia del traje destinado a visitas y antesalas oceánicas, el hecho es tan trascendental como el de una gran nación formada con los países de Francia, España y Portugal, que quedase reducida, rápidamente, a la realidad central de la República de Andorra.

Y esta cosa mínima es lo que sirve para hacer sociedad: el frac de las playas. Porque sobre las arenas salvajes, en las que todavía no ruedan las garitas listadas y al borde de las cuales no se organizan concursos de "cock-tails", el ser humano se tiende al sol y entra en los rizos del mar y sale de ellos, sin otra muestra de la capacidad industrial del hombre que la corona de oro que puede brillar en su dentadura.

Hay que pigmentarse, hay que salarse, hay que absorber el yodo de la onda y la colofonia del pino. Hay que traer a la ciudad ese barniz de salud de los campesinos y de los pescadores.

La helioterapia no interesa como terapéutica. Se puede creer en su acción salutar, sin embargo, mucho más que en la acción salutar de un tejido de Manchester o de Terrasa. Lo importante es que el sol deje en nosotros un aire sano, una superficie morena; lo importante es darle una capa de hogaza bien tostada al cadáver dinámico que acabamos de descubrir en nosotros.

El sol nos siluetea, vigoriza la línea, define contornos, recorta crudamente el cuerpo sobre el centelleo del día y hasta honorabiliza la grasa de la obesidad con el escamoteo de su blandurriez y de su color originario de manteca.

El sol nos petrifica o nos maderiza ilusoriamente. Hay no poco de buen gusto y mucho de pudor en este deseo de que la carne vaya perdiendo animalidad al perder los rosas lívidos de Rubens. Se trata de que olvidemos con lo pálido es la antesala de lo verde azulado de la descomposición.

La Humanidad se agolpa en los litorales, movida por una fuerza centrífuga que la expulsa durante el verano del centro de los países. Tienen las costas un borde palpitante de cuerpos semidesnudos, curtidos, negros, en todas las gamas de la cafetación, sobre la canela de las playas.

Esa dama sueca, con su melena de yute y su maillot blanco, tiene en la arena, su propio negativo fotográfico.

El día entero al sol. En las playas selectas, "cock-tails" en traje de baño, comida en traje de baño, té en traje de baño, "dancing" en traje de baño...

Únicamente cuando el sol desaparece entre nácares, incendiando un borde de mar, los cuerpos se arrancan su superpiel de playa, pequeña como un diávolo y ceñida como un guante, y entran en los trajes de la noche, sintiéndolos como armaduras en sus movimientos. El smoking se hace entonces coraza de raso y de pechera y parece que suspende las axilas de dos anillas de circo. La mujer recobra una feminidad académica de flor, a fuerza de pétalos de seda.

También las muchedumbres. También el pueblo se baña en el mar y en la luz.

En los tiempos del bigote militar y del pantalón blanco de rayas y del cuello de pajarrica y del "cannotier" y del cinturón de gimnasta con una aplicación de cuero para el reloj y otra para el silbo, la playa era un salón de arena con su zócalo de mar, reservado a la elegancia, al prismático y a la máquina fotográfica de cajón. Entonces ellos y ellas tomaban los nueve baños medicinales (tenía que ser un número impar) dentro de unas telas recias y gordas cuyos pliegues se petrificaban en la inmersión y adquirían un color desmayado de musgo entre las repetidas trencillas blancas y el ancla bordada.

Días de los "confesionarios" y de la palidez, en los que el cuerpo que entraba en el agua apenas recibía un sudor de Océano, grasiéntillo, a través de los trajes-alfombra de calzón de pollo.

Algunos años antes, Isabel II se bañaba en Zaráuz en veinte centímetros de proceloso océano, protegida por una valla de bañeros que tenía la misión de cerrarla el horizonte y de romper en sus espaldas el oleaje, para que la bravura cantábrica llegara domada y murmuradora a los reales tobillos de su Majestad.

El pueblo entra ahora a chorros en los litorales rubios, que parecían acotados por los subscriptores de "La Epoca" y de "El Hogar y la Moda". Es una conquista de la masa. Y los domingos, en la franja de arena calcinada porque no la refresca el mar como a su hermana, la morena, que absorbe láminas de marea, las planas de "El Socialista" y de "El Liberal" y de "La Lucha de Clases", quedan allí sembradas, con sus círculos parafinados por la grasa de la tortilla y de la merluza frita, como un campo de batalla.

Todo el mundo siente la misma ansia de disfraz de negro, de piel selvática. Hay en ello también la voluptuosidad del robo; se roba, se acumula sol y mar, para irradiarlo desde nosotros a la hora de cruzar el asfalto estepario de la ciudad.

Nos sentimos como acompañados de la salud y del sport y un poco matrimonizados con el Océano.

Vamos rápidamente al desnudismo integral, que ya se practica de una manera sectaria en algunos países, con un sentido naturista muy poco natural. En campos cerrados como los de las ganaderías. Con más atmósfera densa de harén que de euforia libre y casta. Con mucho más de Venus entre cortinajes y reclinada (interpretación clásica del pincel) que de Venus vertical, limpia y fresca, naciendo entre espumas. Son los vegetarianos y los esperantistas, que pasan sin ningún espíritu sportivo, en nombre de una cultura de maníaco y de edición popular, del tablero de ajedrez a un adamismo sucio y gordo.

Vamos rápidamente al desnudismo integral; pero a plena luz. "Sin ser socio", como se exige en esos paraísos terrenales de los antitaparrabistas.

La moral, por lo visto, no responde a principios inmutables. Se deforma, ensancha sus límites. Con un poco de malhumor acaba por aceptarlo casi todo. Y se diría que no se equivoca Keyserling cuando asegura que lo inmoral no es sino un estado transitorio hacia una moral nueva.

He aquí la lógica de un salvaje, completamente desnudo, al que le preguntaban si no sentía frío en el invierno:

—¿Tú, en invierno, tienes frío en cara?

—En la cara no.

—Pues yo, todo cara.

¡El pudor también acaba por admitir que todo es cara!

DIBUJOS DE BILLIKEN

Billiken  
1000 900 30

